

● «Huella de luz», de Wenceslao Fernández Flórez, será la próxima «Novela del lunes». Con altibajos en las adaptaciones y en la realización, este espacio se mantiene en una línea de variedad en cuanto a la elección de los títulos. Hasta ahora, todas estas «telenovelas» han interesado al espectador, a pesar de que algunas hayan naufragado tan «estrepitosamente» como «Un yanqui en la corte del Rey Arturo» de Mark Twain, que fue tomada por el lado grotesco y se convirtió en una bufonada. El protagonista de «Huella de luz» será interpretado por José María Rodero.

● Hay cierta tendencia a repetir guiones y temas. «La tortuga perezosa... del Oeste», la hemos visto más de una vez con los mismos o parecidos «gags». Lo mismo sucede con algunas historias de Armíñán. En estos programas «tradicionales» es donde más se nota esta insistencia, este «morderse la cola» como la pescadilla del célebre ejemplo.

● Muy correcta pero tremendamente fría, sin emoción, la realización de «La heredera», la comedia dramática de Ruth y Augustus Goetz. A una obra de carácter intimista no le va al juego de los personajes un exceso de planos largos. Es una pieza para recrearse más en la expresión que en el texto. Tuvo además «La heredera» una iluminación plana, sin contrastes, cosa que no es habitual en los espacios del estudio número tres que ha encontrado en general una luz sugestiva, con relieves.

● El martes sigue siendo un día muy serio, excesivamente serio. Más de una vez se ha hecho referencia a este desequilibrio, que tiene fácil solución puesto que hay programas intercambiables. Las «Estrellas en 625 líneas» de las doce menos cuarto, se reciben como una bendición después de varias horas de televisión que llegan a pesar por su falta de agilidad. Esa flexibilidad y ese dinamismo que debe manar de la pantalla, aunque se trate de programas culturales y docentes, faltan el martes.



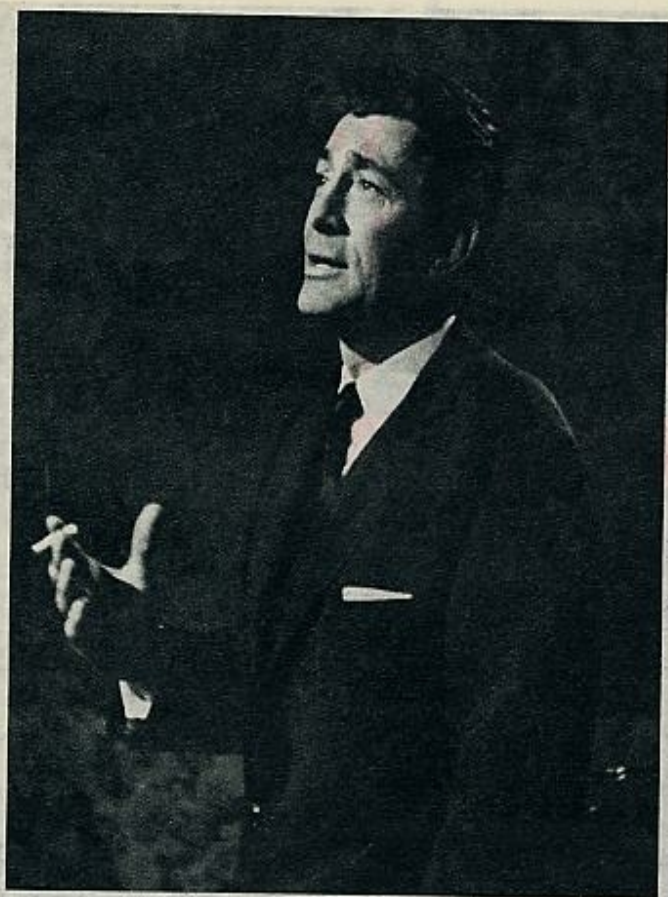
Alma Cogan, la bella cantante inglesa cantó el popularísimo «Speedy Gonzales», saliendo de su habitual estilo melódico.

JEAN-CLAUDE PASCAL

EN EL PRIMER "GRAN PA"



El cigarrillo en una mano, el micrófono en la otra, Jean-Claude Pascal sorprendió y agradó por su desenvoltura y naturalidad.



Jean-Claude Pascal nació el mismo día y a la misma hora que Gilbert Bécaud.

Y ALMA COGAN RADA' DE 1963

BUEN comienzo de año para «Gran Parada». En el programa del pasado sábado, primero de 1963, se dieron cita dos figuras de diferente condición y estilo pero de gran categoría ambas: Jean-Claude Pascal y Alma Cogan. Dentro de la tendencia melódica, que tantos adeptos tienen hoy día, estos artistas representan diversas orientaciones. En Jean-Claude Pascal no puede dejar de estar presente esa tradición francesa que ha dado tan excelentes cantantes. Sorprende y agrada su absoluta desenvoltura y naturalidad ante las cámaras. Nos ofreció un estupendo «Et maintenant» y otras tres canciones de su habitual repertorio: «Ma mome», «Les feuilles mortes» y «Amour c'est comme un jour». Con su cigarrillo en una mano y el micrófono en la otra, Jean-Claude Pascal cantó con esa convicción y ese sentido de la «intimidad» que saben dar a sus interpretaciones ciertos cantantes franceses. Jean-Claude Pascal, sin embargo, no se ha habituado aún a actuar ante las cámaras: «Antes de trabajar en TV., me siento enfermo. No conozco nada peor para los nervios. El día anterior a la emisión, tiemblo, estoy como un león enjaulado». Nació en París el 24 de octubre de 1927, es decir, como él mismo dice: «el mismo día y a la misma hora que Gilbert Bécaud». Hizo estudios de Derecho y, después de la guerra, fue diseñador de modelos con Dior. Su entrada en el cine fue puramente accidental: un día se encontró con Michel Auclair que había sido compañero suyo de colegio y le dijo: «Con esa facha, ¿por qué no te dedicas al cine?»

En otra línea muy distinta estuvo la actuación de Alma Cogan que cantó el popularísimo «Speedy Gonzales» y «Someone to watch over me», «Bésame mucho» y «Let there be love». Este «Gran Parada» se completó con otra serie de atracciones. En fin, un programa de categoría para el nuevo año.

ha muerto el padre del «tbo»

(Viene de la página 25)

su creador. La educación quede para la escuela. El periódico infantil está destinado a llenar los ratos dejados por el estudio.

Ahora bien, la objetividad, el naturalismo, diríamos, deben presidir el periódico. A uno de los dibujantes le fue devuelta un día una historieta cuyos protagonistas, el explorador Eustaquio Morcillón y su criado el negrito Babalí, invirtiendo la acción, se encerraban dentro de una jaula para zafarse de las fieras. El señor Buigas ordenaba al autor del dibujo que rectificara los barrotes de la jaula. «Son demasiado endeble para resistir la acometida de la fiera», consignaba.

trabajador fuera de serie

Por las páginas del «TBO» han desfilado todos los dibujantes de Barcelona. Tras Donaz, en las primeras épocas, vinieron Urda, Serra Massana y Arnal. Luego, alrededor de la «estrella», que era Opisso, gravitaron Benejam, Castany, Coll, Díaz, Muntañola, Prat, Mestre, Moreno, Blanco, Sabatés, Batllori Jofre, Ayné, etc.

Pero la gente ignoraba que los ilustradores no eran sino instrumentos dóciles de un pensamiento único, el de don Joaquín Buigas. Este no solamente inventaba las historietas, creaba los tipos —la familia Ulises, el mentado explorador Eustaquio Morcillón, etc.—, sino que escribía también los textos, redactaba los «bocadillos», etc. Las instrucciones a los ilustradores las acompañaba, de requerirlo, con dibujos hechos por su mano, elementales, pero enormemente expresivos. Y no toleraba infidelidades de los encargados de interpretar sus deseos.

Y todavía hacía más el padre del «TBO»: dibujaba minuciosamente las maquetas de las páginas, labor complicadísima, pues la actual característica del periódico estriba en el aprovechamiento del último milímetro de papel. Las maquetas requieren el empleo continuo del doble decímetro.

En la cima de la opulencia, el señor Buigas no cedía, no obstante, ese trabajo a nadie. Para llevarlo a cabo abandonaba su retiro campestre, una granja modelo en el Vallés; interrumpía su labor literaria que podríamos calificar de seria (deja a punto de publicar un libro de historias de casas de campo catalanas y una compilación de cuentos titulada «Casi la verdad»), y se instalaba en el lóbrego despacho de la calle de Aribau, presidido desde dentro de una vitrina por un enorme armatoste: la realización corpórea de uno de esos célebres «grandes inventos de TBO», absolutamente humorísticos y siempre desproporcionados a la utilidad del invento.

casi la verdad

Significativo es el mentado título de la obra póstuma de Buigas: «Casi la verdad».

Algunos de sus amigos creen que se ha llevado a la tumba el secreto de su auténtica personalidad. Opinan que el creador del «TBO», el escritor costumbrista, el aventurero de la Pampa, el apasionado por la agricultura y por la caza, no eran sino facetas aisladas de un temperamento cuya unidad ha quedado inédita. De él no hemos sabido sino casi la verdad...

Pedagogos y educadores se han cebado en el «TBO» y en el tebeísmo. No obstante, en la redacción del «TBO», en lugar de honor, se reproducen unas manifestaciones de don Santiago Ramón y Cajal declarando que, para distraerse de su trabajo científico leía el «TBO».

—En la Universidad francesa de Clermont-Ferrand se ha utilizado hasta hace unos pocos años el «TBO» para los ejercicios de traducción de los primeros cursos de español —me aseguran los colaboradores de Buigas.

Y me muestran un número de su periódico vertido al árabe, por instigación del señor Mussa Abud, traductor de Cervantes y de Lope, alto funcionario de la UNESCO, quien opinaba que el «TBO» le competía una vasta labor internacional en la formación de la infancia.

Casi la verdad... Don Joaquín Buigas Garriga fue un caballero discreto e irónico. El poeta José Carner, príncipe de la poesía catalana, escribió de él, cierta vez, que tenía un zurrón lleno de risas. ¿Quién sería capaz de decirnos cuál era su pensamiento íntimo?

Acaso su verdadera vocación fuese la del intelectual encerrado en su torre de marfil. No obstante, millares de niños españoles le rendían cotidiano homenaje cuando, con lloros y pataletas, reclamaban un «tebeo».